

LO DE GIBRALTAR

(Para LA NACION)

SALAMANCA, enero de 1916.

Hace poco se me ha preguntado por una publicación española que me parecería de la devolución de Gibraltar a España. He aquí una cuestión que de algún tiempo a esta parte, desde hace poco más de un año, trata de suscitarse. Y claramente se ve que no es ella más que un pretexto.

¿Qué va a decir un español a quien se le pregunte qué le parece de que se devuelva Gibraltar a España? La respuesta es obvia. Pero el caso es que eso de la devolución de Gibraltar no ha sido un sentimiento vivo en el pueblo español. A éste parece no le ha dolido nunca mucho esa espina extranjera clavada en su propia carne. Si es que le duele algo de esta índole. Cuando aquel gran cardíaco, aquel enfermo del patriotismo que fué Joaquín Costa y a quien le dolía España, nos hablaba, casi llorando, de eso, sonaba a algo extraño. No, en España, por bien o por mal, no se ha sentido, no se siente todavía eso de Gibraltar.

Y no he de atribuirlo a que aquí se comprenda que hay intromisiones de espíritu, picadores culturales, mucho más graves que esa lanzada en nuestro territorio, en la carne de nuestra patria. No, no he de atribuir a esta reflexión esa indiferencia general respecto al caso de Gibraltar. Esa indiferencia tiene más hondas raíces. Y si ahora se quiere suscitarse el caso no es porque se sienta más vivamente al patriotismo; es por una maniobra de sujeción extranjera. No es como españoles, como germanófilos, como han suscitado ese problema los que quieren hacerlo candente y sentido. Es un mero pretexto para encender a fuerza de calumnias y falsificaciones históricas un odio absurdo hacia Inglaterra, un odio que nuestro pueblo no siente porque no conoce a Inglaterra y que los que aquí la conocen no pueden sentir.

Soy de los que creen que Gibraltar volverá a saber de España cuando esta, nuestra patria merezca ser portera del Mediterráneo y pueda serlo con garantías para el mundo civilizado. Muchas veces se ha hablado de las llaves del estrecho y conviene saber si España puede hoy ser sin peligro para ella y para los demás pueblos llavera de ese estrecho. Se acrecería con ello nuestra responsabilidad internacional, que hoy no la tenemos. Porque el pueblo español no tiene idea, ni clara ni oscura, de sus deberes para con los otros pueblos, ni de sus derechos frente a ellos. Y lo que es peor no se hace sino predicar un mortífero egoísmo colectivo, una neutralidad absurda, un abstencionismo suicida. Esos mismos señores que andan con lo de la devolución de Gibraltar parece que quieren que nos lo devuelva por nuestra linda cara, sin hacer nosotros nada. Fian demasiado en el peligroso dicho que «a río revuelto, ganancia de pescadores». A las veces el río revuelto se lleva la pesca y con ella el pescador que se creyó hábil.

El Mediterráneo no es nuestro ni nadie puede hoy llamarlo, como los romanos lo llamaron «mare nostrum», nuestro mar. El Mediterráneo es de todos los pueblos las costas de cuyos países baña con sus aguas y de todos los que tienen que atravesarlas; el Mediterráneo debe ser de todo el mundo civilizado. Y nadie debe poder a su antojo cerrar o abrir su puerta. Y es de temer que si dispusiéramos de ella la abríamos o cerraríamos a antojo, pero no al nuestro, sino a antojo ajeno. De poco o nada nos serviría tener la

puerta sin fuerza para guardarla. Todo lo cual es más claro que el agua clara.

La ocupación de Gibraltar por Inglaterra es, sin duda, una herida para España, pero no ha impedido en lo más mínimo nuestro desarrollo económico y de otros órdenes. Ni el comercio ni la industria españoles habrían prosperado más si hubiéramos tenido las llaves del estrecho. Es más, creo que no habríamos sabido qué hacer de ellas, como no hemos sabido qué hacer de otras llaves y otras fuentes de riqueza. Es sencillamente necio culpar a Inglaterra o a otra nación cualquiera extranjera de nuestras faltas y de lo que nos llevó a pasarnos todo el siglo XIX en revertas civiles. Reyertas, por lo demás, inevitables, pues había que afirmar nuestra civilización europea contra los elementos bárbaros y troglodíticos que trataban de ahogarla. Y eran elementos internos, indígenas y muy castizos.

No me parece además que sea el mejor camino para lograr un día el que Inglaterra devuelva Gibraltar a España, cuando ésta, repito, lo merezca y pueda, con garantías para el mundo civilizado, tenerlo, no creo que sea el mejor camino dedicarnos a denigrar a Inglaterra y a falsificar la historia de sus relaciones con nuestra patria. Y entre muchos es lo que está en moda.

Podríamos remontarnos a los tiempos de nuestro rey Felipe II, el segundo de nuestros fatídicos Austrias, el frío tirano de los Países Bajos a donde mandó a su perro mastín, el tenebroso duque de Alba, y a sus querellas con Isabel de Inglaterra. No fué como biznieto de los reyes católicos, no fué como español, como Felipe II se puso enfrente de Inglaterra, sino que fué como biznieto de Maximiliano de Austria, como austriaco. Fué el imperio germánico, no fué el reino de España, el que le metió en aquella lucha. Y acaso con el naufragio providencial de la armada invencible en el canal de la Mancha se evitó la completa ruina de la libertad de la conciencia española. Y dígame de paso que esa petulancia de llamar invencible a una armada que no había aún luchado es mucha más germánica que española. Fué el martirio de Flandes lo que puso en el siglo XVI a Inglaterra frente a España, como ha sido el martirio de Flandes el que ha puesto ahora a Inglaterra frente a Alemania. Y luego, en todo el curso de la historia, es falso de toda falsedad que Inglaterra estorbase el desarrollo o la conservación de nuestro poderío. A lo sumo, impidió que hiciésemos el perro del hortelano, triste oficio que nos ha sido siempre muy de gusto.

No cedo a nadie en patriotismo, pero me parece que éste consiste, en primer término, en hacer examen de conciencia nacional. Si algo me autoriza para defender a mi patria cuando la veo injustamente villipendiada y por los que no la conocen ni quieren conocerla, es que soy el primero en reconocer sus pecados. Porque no callo sus faltas me creo autorizado a hacer callar los que le achacan las que no tiene. Lo demás no es patriotismo, sino patriotería y es enfermedad.

Pues bien, los extranjeros han fraguado una leyenda de la tiranía de España en América, leyenda que va disipándose, gracias en gran parte a esos mismos extranjeros y gracias, sobre todo, a los americanos que estudian ya

la época colonial de sus respectivas patrias libres de añejos prejuicios. Y no es de tirana de lo que se puede culpar a España. Otras naciones colonizadoras—Inglaterra, Holanda, Francia, etc.—han tenido mano más dura en sus colonias y aun las conservan. Hay que decirlo claro y alto; no es por dureza de gobernación por lo que España perdió su dominio americano; lo perdió por desgobierno. Desgobierno análogo al que aquí había. España no gobernó ni dentro ni fuera de su solar. España no trató a los españoles americanos de entonces, a los criollos, peor que trató a los españoles peninsulares, a los de España. Lo que hay es que no supo tratar ni a unos ni a otros y aquéllos se separaron de ella, mientras los españoles de España con alguna conciencia de su españolidad peleaban bravamente por hacerse una nueva España. Las guerras por la independencia americana no fueron, en su esencia, diferentes de nuestras guerras civiles. Guerras civiles unas y otras. Lo que hay es que los liberales americanos vencieron antes y más definitivamente que los de aquí. Los cuales aun no han vencido.

España no tiranizó a América, pero hizo en ella el perro del hortelano. La política económica del reino de España en América fué la política del perro hortelano: ni hacer ni dejar que otros hicieran. Fué cerrar fuentes que no sabía alumbrar, fué guardar llaves de puertas que no sabía abrir ni para sí ni para los demás. Y vino lo que vino. Y si se estudia serenamente el papel que hizo Inglaterra en la obra de emancipación de las antiguas colonias españolas de América, se verá que fué el de tratar que España abandonase el papel de perro del hortelano. Fué favorecer el liberalismo español. Sólo que el liberalismo español fracasó en América como fracasó en España. Y después de consumada la independencia americana todavía sufrimos aquí la barbarie apostólica en los tristes tiempos del abyecto Fernando VII y apenas muerto él tuvimos que sostener la guerra civil de los siete años—1833 a 1840—que fué análoga a las guerras civiles que en América se sostuvieron entre españoles criollos y españoles peninsulares. Nadie ignora que hubo criollos de parte de la metrópoli y que esos criollos eran los apostólicos, los carlistas, los antiliberales de allí.

Y en nuestras tristes e inevitables guerras civiles, en aquellas enconadas luchas por salvar la España nueva, la España española, la España liberal, de las garras de la tradición de la España austriaca, la de los descendientes de Maximiliano—al través de una loca castellana, la desgraciada hija de los Reyes Católicos,—en esas guerras civiles también intervino Inglaterra. Lo que no le perdonarán nunca nuestros reaccionarios, disfrazados ahora de germanófilos.

Ya antes, en nuestra guerra de la independencia, generadora de las guerras de las independencias americanas, fué Inglaterra la que echó de España a las legiones napoleónicas. ¿Qué en cuenta le tendría...? Sin duda. Pero eso no quita nada al servicio. Sí, le tenía cuenta que España fuese libre e independiente, aun cuando hubiese sido, que no lo fué, a su pesar. A Inglaterra le ha tenido siempre cuenta que las demás naciones sean políticamente libres y en eso estriba su grandeza política. Luchó en el Transvaal para imponer la libertad política y la igualdad de los ciudadanos contra la oligarquía de los terratenientes boers, que pretendían hacer también de perros del hortelano. Y aquí, en España, hace un siglo nos libertó de las legiones napoleónicas. Los Arapiles fué el prólogo de Waterloo.





Y luego intervino, y hasta con las armas, en nuestras guerras civiles e intervino al lado de los que querían salvar la España española, la liberal, de las garras de la otra, de la España de los fatídicos Austrias, de la España ultramontana. Porque en España, como en Italia, aunque en otra forma, el buitre, no águila, de dos cabezas que nos devoraba las entrañas con el consorcio del Sacro Romano Imperio Germánico, con la Santa Sede, eran Austria y el Vaticano en matrimonio. Y en nuestra última guerra civil fué un austriaco, D. Carlos de Borbón y Este, quien representó la vieja España austro-vaticanista.

Su intervención en nuestras luchas interiores y no lo de Gibraltar es lo que no le perdonan a Inglaterra los españoles que añoran la vieja España, la que martirizó a Flandes, la que se hizo cabeza de la antirreforma, la que hizo el perro del hortelano, la que hoy mismo cree que no puede prosperar sino sobre la ruina de los demás pueblos.

Al tener que salir del poder el pobre Sr. Dato, el inexistente Dato, se envanece de que durante su ingobierno—y hasta desgobierno—la peseta había subido, y el nuevo ministro de hacienda, el Sr. Urziz, respondía que no es que la peseta haya subido, sino que el franco ha bajado; lo que no es lo mismo. No es tanto, en efecto, que la peseta haya subido a 1.11, cuanto que el franco ha bajado a 0.90. Y ya se verá cómo no sabemos conservar la ventaja. ¿Como que no depende de nosotros! Ni en el respecto material, económico, sabremos valernos de las ventajas que parece nos ofrece nuestra obligada neutralidad, de la que tan satisfechos se muestran nuestros viles Sansones Carrascos, los que creen que sólo podemos prosperar a favor del abatimiento ajeno. Y se hacen ilusiones. Porque no prosperaremos así.

Pero aun siendo como es vil y abyecto ese sentimiento de que debemos aprovecharnos de las desgracias ajenas para especular con ellas, no es eso lo que mueve aquí a suscitar, por maquinaciones germánicas, el asunto de Gibraltar. Es que la guerra y el éxito—creo que más aparente que real—de las armas austro-germánicas han hecho renacer el espíritu de la vieja España apostólica, de la España antiliberal. «No puedes figurarte, chico, lo que me pasa»—me decía el verano pasado en Bilbao un antiguo amigo y compañero de infancia que se creyó siempre liberal y hasta republicano, y es ahora un furibundo germanófilo, claro que sin conocer a Alemania. «¿Pues qué te pasa?»—le pregunté.—«¿Que he descubierto que soy un tremendo reaccionario!»—«Eso ya lo sabía yo—le contesté—y no te ha hecho falta más que ser dueño de una mina, que haya surgido el socialismo y luego la guerra».

No faltan aquí desdichados que creen, o aparentan creer, que si Austro-Alemania venciera en la guerra se apoderaría de Gibraltar para devolvérselo a España. ¡Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos será el reino de los cielos, pero no el de la tierra! Si Alemania, lo que no es más que un sueño vano, se apoderase de las llaves del estrecho, sería para guardarlas con su guante de hierro y no para ponerlas en mano de España. Y hasta haría bien. Porque la España con la que esa Alemania habría de tratar, la España de los germanófilos, esa sí que no merece esas ni otras llaves algunas. Esa España no ofrecería garantía alguna al mundo civilizado. Y lo saben muy bien en Alemania.

Sí; saben muy bien en Alemania que la España germanófila no merece consideración alguna de pueblo culto. Todavía hay clases y una enorme distancia del alemán al español germanófilo. En Alemania saben—puedo asegurarlo—que el fundamento de la germanofilia española es el desconocimiento o la tergiversación del espíritu germánico; en Alemania saben cómo a un español se le hace germanófilo. Y esto que saben no es para mejorar su concepto de España, que era y es bastante triste. En la legación de Alemania en España están avergonzados del género de auxillares y panegiristas que le han salido a la causa germánica aquí. Y están escandalizados de los procedimientos y móviles de los abogados que van a ofrecérsales.

Pero es claro, Alemania va a su asunto y así como en Turquía aparece protectora del Islam y de la incultura coránica y aquí dejó correr lo de que el kaiser se había hecho católico, halaga aquí nuestras más tristes pasiones, el ominoso legado de la España de los Austrias. Porque para esta diplomacia sí que demuestra habilidad. Y aquí opera como opera en los Balcanes, tratándonos como a turcos, a búlgaros o a albaneses, y soplándonos al oído que sólo podemos prosperar sobre la ruina de los vecinos. Pero ella nos va conociendo, y si antes nos desdeñaba, con todo el desdén de su wálhlica petulancia, ahora ha de despreciarnos. Y no sin razón. Y junto a los ferocidades que de España se escribió en la prensa germánica cuando lo del asunto Ferrer—en ninguna parte se trató con más despiadado desprecio a nuestra patria—

habría que poner las que ahora, por astucia, callan.

El día 3 de este mes le telegrafaban a «Le Temps» desde Madrid que la embajada de Alemania había gastado durante el mes anterior la cantidad de 600.000 pesetas en propaganda. Me parece demasiado. No creo que le haya hecho falta tanto dinero. Y más que de dinero me parece obra de otros medios la relativa eficacia de esa propaganda. Hay otras pasiones que son de más barata explotación que la codicia. Conozco aquí muchos, pero muchos germanófilos, que no lo son porque se les haya comprado por dinero ni cosa que lo valga. Lo que no quiero decir que no se les haya corrompido el ánimo y se les haya hecho ver lo blanco negro y lo negro blanco.

Sé que ahí mismo, en esa república, la colectividad española está muy dividida por esto de la guerra y la actitud de España frente a ella, y sé que ahí los agentes germánicos explotan el espanto de Gibraltar y sé que para muchos de mis compatriotas paso ahora ahí por un loco porque no les llevo el apunte y sostengo mi verdad y peleo contra la vieja, caduca y fantasmática España austro-vaticanista, pero no es esto, no es esa instintiva división de la colectividad española de esa lo que me apena. Lo que me apena es que una vez más se ponga una fuerte parte de la opinión española de esa frente a la predominante opinión del país en que liberalmente vive y prospera; lo que me apena es que el sentimiento de la mayoría de los españoles de esa, conscientes de su españolidad, no coincida con el sentimiento de la mayoría de los argentinos conscientes de su argentinidad; lo que me apena es que haya argentinos que puedan dar a los españoles lecciones de sentimiento ibérico, de sentimiento hispánico, de sentimiento latino y europeo. Lo que me apena es que se pueda decir una vez más que los españoles, por mucho que nos las echemos de liberales, tiramos siempre al monte, a la montonera.

Porque para los españoles germanófilos el triunfo de Alemania representa—fuera luego en la realidad lo que fuese—el triunfo del monte, del palo y tente tieso, de la bárbara disciplina de cuartel, del «zapatero a tus zapatos», del mercantilismo, del cientificismo, del «eso no me lo preguntéis a mí que soy ignorante», etc; de lo que llaman técnica y eficacia, de la pedantería; es la derrota del libre juego de la libre personalidad, de eso que llaman nuestro individualismo anárquico y de nuestro siempre latente aunque oprimido quiotismo.

Le ponen a Don Quijote por delante ese espantajo del Peñón de Gibraltar, y no para que vaya a conquistarlo, lanzando denuestos a Inglaterra, sino para que deje de pelear contra los foliones y malandrines de dentro de su patria. Porque Don Quijote, que liberó los galeotes, está contra esos cuadrilleros que quieren meternos en la cuerda de una disciplina imperialista que hace de las almas piñones de las ruedas de la máquina del estado.

MIGUEL DE UNAMUNO.